

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



Separata

MJ 566 (Marzo 2024)

estudios

Páginas 5-22

«El género en disputa».
Claves educativas y pastorales
para comprender los debates
sobre el género

SILVIA MARTÍNEZ CANO

«El género en disputa». Claves educativas y pastorales para comprender los debates sobre el género

SILVIA MARTÍNEZ CANO

Universidad Complutense de Madrid

Instituto Superior de Pastoral-Instituto San Pío X, Universidad Pontificia de Salamanca

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6845-1209>

silviamcano@ucm.es

Síntesis del artículo

Todos participamos en cierta medida en un complejo debate sobre cuestiones que tienen que ver con la identidad de la persona. Comprender bien la relación entre sexo, género e identidad, y sus campos semánticos, ayuda a situar los debates sociales y eclesiales y a detectar las imprecisiones con las que frecuentemente hablamos de ellos. En este texto vamos a cartografiar los debates del género, para tomar conciencia de su complejidad en un modelo de sociedad plural. Queremos descubrirlo como un signo de los tiempos que nos aporta una nueva forma de comprender al ser humano.

#PALABRAS CLAVE: género, diversidad, claves educativas, claves pastorales, antropología.

Abstract

We are all involved to some extent in a complex debate about issues that have to do with the identity of the person. A good understanding of the relationship between sex, gender and identity, and their semantic fields, helps to situate social and ecclesial debates and to detect the inaccuracies with which we often speak of them. In this text we are going to map the debates on gender in order to become aware of its complexity in a pluralistic model of society. We want to discover it as a sign of the times that brings us a new way of understanding the human being.

#KEYWORDS: gender, diversity, educational keys, pastoral keys, anthropology.

1 Un objetivo pedagógico: dotarnos de un mapa para comprender

Todos participamos en cierta medida en un complejo debate sobre cuestiones que tienen que ver con la/s identidad/es de la persona. Hasta hace unas décadas no existía tal deba-

te, pues vivíamos en sociedades que comprendían el fenómeno de la identidad como un fenómeno dual y cerrado –masculino/femenino– sin distinguir el sexo, el género y la identidad personal. Los modelos sociales hasta el siglo XX se caracterizaban por ser homogéneos, es decir, entendíamos que cada cultura en sí misma era interiormente homo-

génea y englobaba un mismo sentido vital –y sus rasgos intelectuales, sociales, religiosos, emocionales, corporales e identitarios– para todas las personas que pertenecían a esa cultura¹. Por tanto, la forma de comprender al hombre y a la mujer era la misma para todas las personas de una misma cultura.

La crítica a la *modernidad* supuso una serie de giros culturales y sociales que nos han llevado a un modelo social diferente. Esta crítica derivó en el fin de la modernidad y el paso a la época de la *pluralidad*, donde cada persona ha de elegir desde «cierta» libertad el sentido de su vida y tomar decisiones en consecuencia, haciéndose también consciente de los límites de la misma. El cambio de la homogeneidad de la *modernidad* a la diversidad de la *pluralidad* ha afectado a las cuestiones que tienen que ver con el ser humano y su forma de entenderse así mismo. Y en ese nuevo entenderse surge una categoría a la que por fin se pone nombre: la categoría de género.

El género es una categoría científica que se empieza a usar en ámbito psicomédico en los años 50 del siglo XX y que pasa rápidamente a las ciencias sociales para definir los factores sociales que influyen en la socialización de la persona y en la construcción de su identidad. En esta socialización entra en juego la diferencia sexual (macho/hembra) y las expectativas sociales sobre esa diferencia sexual (masculino/femenino) y que van a forjar la identidad personal, que nunca es independiente de la realidad en la que habita y le acompaña a lo largo de toda su vida. Así, se incorporó a un conjunto de categorías científicas –sexo, género, clase, raza/etnia, geografía, etc.– que permiten explorar y analizar la realidad.

Sin embargo, la complejidad de su semántica² y la crítica a la propia categoría de género³ en los años 90 del siglo XX ha desembocado en una compleja discusión que tiene muchos frentes: el social, el psicomédico, el filosófico, el educativo, etc. Esta discusión ya no se mueve solo en ámbitos académicos, sino que se ha ido trasladando a los medios de comunicación, a los ámbitos políticos y sociales, y también a los religiosos. Nos hemos acostumbrado a escuchar expresiones como «identidad de género», «ideología de género», «transgenerismo», etc., en ambientes de la cotidianidad. Lo cierto es que muchas personas se preguntan qué significan estos tecnicismos, qué pretenden defender, quién los usa y de qué manera. Su uso indiscriminado por unos y otros genera una confusión social difícil de aclarar. Sucede de igual manera en el contexto eclesial, en el que se usan expresiones indiscriminadamente de las cuales a veces no sabemos su procedencia o significado real y que afectan de una forma negativa a las relaciones comunitarias y eclesiales.

Comprender bien la relación entre sexo, género e identidad, y sus campos semánticos, ayuda a situar los debates sociales y eclesiales;

¹ Cf. Peter Berger y Thomas Luckmann (1986). *La construcción social de la realidad*. Madrid: H.F. Martínez de Murguía.

² La palabra *género* proviene del inglés *gender*, en el que tiene un significado único referido a la diferencia de individuos sexuados en un lugar social. Sin embargo, en el ámbito hispanoparlante género es un término polisémico que puede significar especie, tipo o clase a la que pertenece algo o alguien, el conjunto de personas con el mismo sexo (masculino/femenino), la manera de hacer o ejecutar algo, o también una mercancía, en especial de tejidos o una categoría gramatical de sustantivos y pronombres. Los múltiples usos de la palabra hacen bastante confusa la comprensión del concepto género en el idioma español y dificulta la discusión sobre su problemática.

³ La expresión "El género en disputa", título de este artículo, hace referencia al famoso libro de Judith Butler llamado *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, publicado en 1990, que supuso un giro en los estudios interdisciplinarios de identidad personal y social y una nueva comprensión del género (cf. Judith Butler (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós).

también a identificar las imprecisiones con las que frecuentemente hablamos de ellos. Por tanto, en este texto vamos a trazar un mapa de los debates del género, para tomar conciencia de su complejidad, no solo conceptual, sino también de la complejidad de sus relaciones y la dificultad del diálogo en un modelo de sociedad plural donde la dimensión intersubjetiva es determinante. El mapa es un territorio al cual se incorporan nociones, intuiciones, ideas, imágenes, metáforas y modelos concretos de cómo comprender la mirada sobre una realidad humana. Tiene como objetivo orientarse en el territorio que se quiere abarcar, trazar itinerarios, marcar lugares, etc. Posee la potencia metafórica de visualizar y de representarse (en él) mediante imágenes ópticas o fenómenos de otro carácter; también para imaginar algo invisible con rasgos visibles⁴. Sin embargo, el mapa siempre es una distorsión de la realidad porque traza fronteras ficticias para instituir tradiciones, territorios y reglas. La distorsión viene de su mismo análisis, que pretende hacerse comprensible: la elección consciente de elementos comprensibles⁵. Esto se realiza a través de tres elementos: la escala, la proyección y la simbolización. La *escala* es una miniaturización de la realidad en la que se debe decidir qué elementos se visibilizan como fenómenos relevantes y cuáles no. Cambiar de escala significa cambiar de fenómenos. La *proyección* permite adaptar un espacio tridimensional (o superficie curva en el caso de los mapas geográficos) a una superficie plana. Así son más fácilmente portables. Esto supone una distorsión de la realidad (distancias y relaciones). La *simbolización* es la elección de una serie de símbolos visuales para

representar a los fenómenos. Esta simbolización conlleva una serie de convenciones y su consiguiente estandarización de las realidades representadas que a la vez verbaliza fenómenos notorios al tiempo que reduce sus significados⁶.

En un artículo de estas características solo es posible trazar un mapa de gran escala (como los de carreteras), para tener una mirada amplia sobre los debates del género. Por tanto, elegiremos primero una escala, es decir, aquellos jalones (en el sentido de centro o poste que indica) en el mapa que organizan el debate del género. Esto nos permitirá hacer distinciones y organizar la información que tenemos sobre el género. Segundo, elegiremos una proyección, es decir, elegiremos la hermenéutica cristiana que nos va a permitir mirar las cuestiones de género desde el Evangelio. Esto va a suponer una toma de postura, previa e inevitable, a favor del diálogo, y el diálogo, como concepto, acepta que existe una diversidad que es necesario escuchar. Aceptar la diversidad no significa la ausencia de crítica, al contrario, el diálogo sano es el intercambio crítico de posturas –muy propio también del Evangelio– y sin intención de convertir al otro o hacer proselitismo. Por último, añadi-

⁶ Cf. Santos, *Crítica de la razón indolente...*, 228-232.

⁴ Cf. C. Lois, "El mapa como metáfora o la espacialización del pensamiento", *Terra Brasilis* 6 (2015), 28. <https://doi.org/10.4000/terrabrasilis.1553>

⁵ Cf. Boaventura de Sousa Santos (2000). *Crítica de la razón indolente: contra el desprecio de la experiencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 225-227.



remos la simbolización, es decir, una serie de claves y convenciones importantes que, aun siendo reduccionistas, nos ayudan pedagógicamente a la visualización del mapa del género. Estas claves serán mayoritariamente educativas y pastorales.

2 Elegir la escala: jalones básicos de los debates de género

Nuestro mapa de los debates del género está enmarcado por la/s teoría/s feminista/s, pero no son la totalidad de estas⁷. Por tanto, el feminismo no es asimilable al género. Son dos debates diferentes, aunque estén relacionados. El género es una herramienta, un concepto o noción antropológica y sociológica que permite relacionar conceptos y que se integra en un universo mayor de ideas y creencias. Dependiendo de nuestro universo de creencias (entre las que se encuentran las religiosas), así comprenderemos el género. Lo veremos más adelante en uno de los jalones. El feminismo es una comprensión de la realidad mucho más amplia que el género –que ya hemos dicho que es una categoría de análisis–, una forma de mirar la realidad que se fundamenta en la profunda convicción de que todos los seres humanos son iguales en dignidad y la clara conciencia de la desigualdad entre hombres y mujeres en este mundo. El feminismo es una perspectiva teórico-práctica, un punto de partida en nuestro pensamiento que nos aporta criterios para comprender el mundo. Su consecuencia inmediata es una praxis igualitaria que incluye acciones que promuevan la igualdad entre sexos ya sea en el ámbito social, político o educativo. Su objetivo es la transforma-

ción social hacia nuevos modelos de convivencia «feministas» o «inclusivos». El feminismo y el cristianismo tienen muchos aspectos en común, en la medida que ambos defienden la vida de las personas y su plena dignidad en relaciones de igualdad y reciprocidad.

2.1 Primer jalón: Las relaciones entre feminismo/s y género

Por tanto, un jalón del mapa es comprender adecuadamente el significado de la palabra género dentro del feminismo y su sentido teórico y práctico. Si entendemos «género» desde un punto de vista teórico, como categoría de análisis, entonces se puede aplicar como herramienta de análisis de las diferencias y desigualdades entre personas en las ciencias, incluida la teología. Esto significa que, por ejemplo, podemos hablar de Dios dándonos cuenta de que siempre usamos el masculino o que nuestro análisis antropológico de la persona en relación a Dios está siempre mediado por el cuerpo del varón. Este tipo de análisis no nos separa ni corrompe la teología, sino que se produce el efecto contrario, con este tipo de análisis comprendemos mejor el carácter catafático y apofático de la teología, es decir, lo que puede decir con sus pobres palabras y lo que indica que Dios siempre es más que nuestros esfuerzos de encerrarle en lenguajes imperfectos.

La lectura del género como una herramienta teórica moviliza nuestros pensamientos y nos pone en situación de aumentar nuestra capacidad de observar y actuar en la realidad⁸. El feminismo siempre tiene un sentido práctico, porque incide sobre la vida cotidiana y favorece la presentación de alternativas para erradicar las desigualdades y construir un orden

⁷ Las teorías feministas son también diversas y por lo tanto no se pueden simplificar en un solo feminismo (cf. Silvia López (2014). *Nuevos feminismos: sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de sueños, 31-40).

⁸ Tiene el mismo efecto que cuando introducimos en nuestra forma de pensar la categoría de pobreza (¡quién puede afirmar que la pobreza no es relevante!) o la categoría de etnia (nadie puede afirmar es lo mismo ser blanco o negro en este mundo).

igualitario, equitativo y justo que haga posible, de manera simultánea y concordante, el desarrollo personal y colectivo de cada persona y de cada comunidad. Esta acción transformadora depende de la voluntad de la persona de transformar su entorno en un espacio más «vivable» para todos, incluidas las mujeres y otros colectivos marginados.

Por tanto, la propuesta del feminismo no es opuesta al cristianismo, sino convergente: comparte objetivos –el bienestar de las personas y el empoderamiento⁹ de las mismas– para que tengan una vida digna y vivible. Ser creyente, hoy, supone creer en que la espiritualidad en Cristo es liberadora y deriva en un modo de vida que se abre a los demás a través de la compasión y la justicia. El creyente, sea mujer u hombre, no puede dejar de conectar empáticamente con las mujeres que sufren y son discriminadas simplemente por ser mujer. La causa de las mujeres es una causa evangélica, pues el mismo Jesús restituye corporal, social y religiosamente a las mujeres en sus encuentros (cf. Lc 13,10-17; Mc 5,21-43; Lc 7,36-50; etc.). Ser creyente y feminista en estos momentos es casi una obligación para el que quiera seguir a Jesús. Tan solo hay que observar un poco el mundo, ver sus principales necesidades: pobreza, migración, ecología, etc.; en todas ellas, las mujeres son las principales afectadas. Ser creyente feminista es estar al lado de estas problemáticas y contribuir a un mundo mejor donde las mujeres puedan plenificarse desde sus propios contextos culturales.

No nos extenderemos más en esta reflexión, pues no es el objetivo de nuestro texto, pero sí el marco de comprensión.

⁹ Entendemos empoderamiento como el acompañamiento que una persona puede dar otra para que ésta desarrolle la capacidad de valorarse a sí misma como digna y hacerse consciente de los dones que ha recibido y ponerlos en acción a través de su autonomía y creatividad (cf. Silvia Martínez Cano (2019). *Mujeres, Espiritualidad y liderazgo*. Madrid: San Pablo, 90-93).

2.2 Segundo jalón: La identidad de género y la identidad personal

Ya hemos visto como sexo y género son las dos caras de la condición subjetiva y social de la persona. Ambas categorías contribuyen, junto con otras categorías, a lo que llamamos la identidad de la persona. La *identidad personal* hace referencia a la autocomprensión del sujeto que tiene de sí, en diálogo consigo mismo y con el entorno. La identidad posee un carácter dinámico y orgánico, no posee una estructura determinada ni definitiva, sino que constantemente se remite a las interacciones sociales y ambientales. No debemos confundirla con la *identidad de género*, que se puede definir como la autopercepción que uno mismo tiene de su corporalidad y sexualidad en relación con su entorno. Así pues, el ser humano es mucho más complejo de lo que pensamos y la identidad no solo queda afectada por el sexo y el género, sino por otros aspectos que tiene que ver con las necesidades, las expectativas o las experiencias y que inciden en la propia evolución y maduración de la persona.

La identidad personal establece un diálogo entre el yo, los otros y el entorno donde entra en juego la aceptación o el rechazo estos actores nos proponen sobre nosotros mismos. Las expectativas sociales sobre la persona a veces son flexibles y otras más estrictas, condicionando el qué sentir, qué pensar y qué hacer, cómo ser. Este flujo de aceptaciones y rechazos es lo que llamamos socialización. La identidad personal socializada, es decir, reconocida e incorporada al grupo, se va adquiriendo a lo largo de la niñez, pero especialmente en la adolescencia y juventud. No se reduce a una orientación sexual, es decir, la preferencia por un sexo hacia el que la persona se siente atraída desde lo afectivo, lo romántico y lo sexual. Tampoco se reduce a una identidad de género, es decir, la identificación o no de la persona con un género (masculino/femenino/no binario). Cada persona es una

completud en sí misma, pero en íntima relación con los demás.

Este camino personal no es solo una búsqueda individual, sino también una tarea social, pues nos construimos en relación con los demás: en el amor, la muerte, la amistad, la responsabilidad, los derechos y obligaciones, el reconocimiento, la reconciliación, la sanación, etc. Tenemos una «identidad narrativa»¹⁰, esto es, la posibilidad de responder a la pregunta de quién *soy yo en relación a los demás* desde la narración de una vida donde integramos todos los aspectos que nos afectan y nos hacen ser quienes somos en realidad. Y en esta narración que dura toda la vida puede suceder que se produzcan ciertos malestares. Ni los procesos psicobiológicos ni los procesos psicosociales son perfectos y los estereotipos de género son una fuerte influencia en la infancia y la adolescencia, por lo que puede suceder que en entornos poco flexibles se dé un sufrimiento de la persona por no encontrar su forma de ser y ser aceptado.

En muchas ocasiones, cuando surgen debates sobre el género, lo que estamos discutiendo en realidad es sobre la pertinencia o no de la diversidad de identidades personales con las que nos vamos encontrando en la vida cotidiana. Aunque en estos debates el punto de partida es, en muchas ocasiones, la perplejidad ante la diversidad de género, el gran problema que subyace es la dificultad de muchas personas de descubrir cuál es su identidad personal en el contexto complejo del hoy. Muchos adultos carecen de herramientas de expresión de esta perplejidad y muchos jóvenes carecen de herramientas para realizar el proceso de descubrimiento de su identidad. La cuestión es de qué manera nos acompañamos los unos a los otros para descubrir quiénes somos sin imponer nuestro propio camino a los demás.

2.3 Tercer jalón: Posiciones antropológicas sobre los debates de género

Otro jalón del mapa es la forma de comprender al ser humano hoy. El descubrimiento e investigación de la dimensión psicosocial en la identidad personal nos señala que en una misma sociedad se puede comprender el ser humano de muchas formas. El modelo dual (masculino/femenino, rico/pobre, blanco/negro, etc.) nos es insuficiente para comprender la complejidad del ser humano, y menos todavía si aspiramos para una sociedad democrática y equitativa. Lo deseable sería una visión más integral, que aúne la dimensión intrapersonal (la identidad personal y la propia búsqueda de sentido) con la dimensión interpersonal (las relaciones con los otros y nuestra capacidad de encuentro y consenso en las distintas culturas) y la dimensión cósmica (la capacidad de interacción con el medio y el intercambio ecosocial).

La realidad es que convivimos con muchas comprensiones y resulta confuso situarse. Para poder aclararnos en este panorama, podemos orientarnos con la siguiente categorización, no definitiva, pero que sentimos que nos puede ayudar a comprender el debate actual sobre el género, que como ya hemos dicho, en realidad es un debate sobre la identidad¹¹. Esta categorización en cinco grupos subraya la relación del género, la forma de comprender el mundo y la persona:

1º El modelo de «identidad sexo-género». En este modelo, sexo y género es lo mismo, por lo tanto, el género no existe. Lo biológico determina la diferencia hombre-mujer de una vez y para siempre. Es decir, la persona adquiere su identidad desde que nace, deter-

¹⁰ Hannah Arendt (2001). *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 208-210.

¹¹ Silvia Martínez Cano (2022). *Sobre el género y la identidad. Aspectos claves para comprender los debates en torno al sexo, el género y la identidad*. Madrid: Perpetuo Socorro, 44-58.

minada por su sexo, su genética y su biología, los roles son totalmente restrictivos y no intercambiables, además de jerárquicos (el hombre por encima de la mujer, el blanco por encima del negro, el rico por encima del pobre). En esta forma de pensar al ser humano sexualmente diferenciado, la subjetividad de la persona se ve como una amenaza para el equilibrio del grupo/sociedad que hay que controlar. Los comportamientos sexuales son juzgados desde esta única pauta biologicista y las posibles desviaciones son patologías entendidas como enfermedades que deben y pueden ser curadas. Aunque los procesos sociales inclusivos del siglo XX y XXI han suavizado este modelo, sigue estando presente en diferentes grupos fundamentalistas políticos, sociales y religiosos a lo largo de todo el planeta.

2º El modelo de «dependencia sexo-género». Este modelo defiende que existe una diferencia de sexos natural (macho/hembra) y, aunque no hay una determinación genética del género, la biología influye en el género de forma decisiva, pues se entiende como prolongación social de las características biológicas del sexo. Sin embargo, las relaciones y necesidades sociales pueden modificar cuestiones coyunturales como el acceso al mundo laboral, la formación, el acceso al poder público, pero las formas de ser en el mundo están marcadas por la biología, de manera que masculino y femenino son dos formas de ser en el mundo que están marcadas y que se complementan. Por lo tanto, no cuestionan la dualidad femenino/masculino ni sus jerarquías. Los comportamientos personales que se salen de esa pauta son desviaciones de lo natural y, por tanto, aunque puedan ser toleradas en la libertad personal, no pueden ser acogidas de forma social (se entienden como excepción de la norma). Los grupos sociales que se enmarcan en este pensamiento son más numerosos en socie-

dad, menos beligerantes y en cierta medida más dialogantes que los anteriores, pues no se sienten amenazados socialmente.

3º El modelo de «interdependencia sexo-género». Para este modelo existe una diferencia de sexos natural (macho/hembra/intersexual) y una categoría de género cultural. Esto tiene como consecuencia la ruptura con el modelo dual patriarcal y el establecimiento de una relación entre personas en igualdad, en autonomía e interdependencia. Las relaciones se construyen aceptando la diferencia. Esta posición asume la historicidad de los roles masculinos y femeninos y, desde la realidad biológica, toma en consideración la construcción conjunta de ambas realidades, entendiendo que los cambios culturales traen consigo una serie de planteamientos novedosos sobre la vida humana que es necesario escuchar. Entienden el sexo biológico como una diferenciación primera ineludible, aunque mediada por un entorno social (género) que influye notoriamente en la identidad de la persona. Al entender a la persona como *ser en relación* lo asumen como *ser social*. Esto conlleva a una flexibilidad fronteriza entre sexo y género que les hace interdependientes e inseparables y dota a la persona de una singularidad especial que no es complementaria de ninguna otra. El debate no se centra tanto en el sexo y el género, sino en los grados de influencia de uno sobre el otro y en la interpretación de los matices que esto supone. Las personas o grupos que se sitúan en esta comprensión buscan el diálogo a partir del reconocimiento de la diferencia y, en circunstancias de diálogo social, suelen moderar y acercar posturas con grupos más extremos.

4º El modelo de «independencia relativa sexo-género». Este modelo defiende que existe una diferencia sexual que queda condicionada por la construcción identitaria que desencadena el género. La diferencia sexual está

atravesada por el género y éste determina la identidad. El sujeto se construye a sí mismo, por lo que las decisiones personales organizan la identidad de género y sus implicaciones en la dimensión biológica. Es decir, ninguna característica mórfica puede afectar a la configuración de la identidad personal. El género, por tanto, se comprende como no dual, como diverso y por eso, es importante purificar el concepto de género y liberarlo de la dualidad femenino/masculino y de los estereotipos patriarcales. En un contexto flexible como este, se acepta la diversidad como una característica de la «normalidad». El debate del género, entonces, se centra en su mayor o menor fluidez. Asimismo, y como consecuencia de lo anterior hay un protagonismo mayor de lo subjetivo frente a la relación (social) con los otros, por lo que se entiende al ser humano como autónomo y no mediado socialmente. Encontramos este tipo de opiniones con frecuencia en personas y grupos jóvenes que asumen la pluralidad y la diversidad personal y social con más naturalidad.

5º El modelo de «independencia absoluta sexo-género». Este modelo afirma que el sexo biológico no influye en la identidad de la persona, sino que es la voluntad subjetiva la que construye al sujeto. De esta manera no hay diferencia entre la biología (sexo) y lo social (género), sino que es la libertad del individuo la que determina su identidad en el mundo. Por tanto, se rompe y desaparece la relación sexo-género y se borra, por innecesario, el género, que se entiende como una categoría de la realidad opresiva. Igualmente, se entiende que el cuerpo es moldeado por la cultura mediante el discurso más que por el factor genético (sexo) y por ello, la persona puede intervenir en él para adecuarlo a su forma de entenderse. El debate del género, aquí, se centra en su borrado y en la autodeterminación identitaria, aunque en algunas

ocasiones se utilizan contradictoriamente los estereotipos de género (p. e. soy sensible, por eso me siento mujer) para establecer el principio de autodeterminación. Los que se sitúan en esta comprensión de la realidad son grupos minoritarios.

Esta clasificación, como ya hemos dicho, no es en absoluto definitiva y va a depender del abordaje individual del tema, dependiendo de las propias circunstancias (ideas políticas, economía, condiciones familiares, sociales y culturales). La mirada sobre el ser humano y su identidad no es una cuestión aislada del sistema de creencias que la persona posee. Además, queremos añadir dos observaciones. La primera es señalar que los posicionamientos frente al género no dependen de un posicionamiento político o de una confesión religiosa, tampoco de que se esté a favor o no del feminismo sino de una compleja interacción de factores. La segunda observación es que los extremos (modelos «identidad sexo-género» e «independencia absoluta sexo-género») confluyen en una misma afirmación: el género no existe. Sin embargo, esta afirmación los lleva a dos resultados diferentes. El primero la total determinación del sexo en la identidad de la persona sustentada a través de la presión social. El segundo, la total subjetividad de la persona escindida de la identidad social. Este fenómeno nos hace pensar que quizá la problemática sobre el género no está enraizada en la noción de género, sino en el sistema de creencias y la relación de los individuos en determinado entorno social.

Por tanto, no podemos hacer valoraciones simplistas sobre el género (tal partido político apoya tal cuestión del género o ser cristiano es defender tal cosa frente al género), sino abordar la comprensión de la persona desde toda su complejidad, teniendo en cuenta el conjunto de sus creencias e intereses.

2.4 Cuarto jalón: El debate político sobre el género, ¿una guerra cultural?

El tema de la identidad personal es tan importante para nuestras sociedades que hemos convertido el género en un arma política despojándolo, en determinados ambientes, de su categoría científica de análisis. El género se ha incorporado a lo que los especialistas llaman en política la *guerra cultural*. La *guerra cultural* se puede definir como el conflicto ideológico explícito y polarizado entre grupos sociales y/o políticos y la lucha por el dominio de sus valores, creencias y prácticas. Dentro de este conflicto entran en juego variadas batallas culturales donde se subrayan los desacuerdos sociales a través de una polarización de los valores y éticas de los distintos grupos. La polarización consiste en extremar los propios valores mediante el enfrentamiento a otro colectivo del que suponemos que somos opuestos. El objetivo de este extremismo es tomar el control sobre los sistemas éticos que repercuten en las legislaciones de los estados y un control de la opinión pública, tan importante en nuestro tiempo. Simplificando mucho, temas controvertidos como el aborto, la homosexualidad, la pornografía, la migración, el comercio de armas, etc. se entienden por algunos como inmorales y se defiende su prohibición legal, mientras que por otros son considerados como un progreso de las libertades, y se apoya la liberalización de sus prácticas desde la legislación.

Las batallas culturales se debaten en dos grandes ámbitos: la «cultura de la muerte» y la «ideología de género», que se complementan pues buscan limitar los efectos del feminismo y el activismo social multi e intercultural de los años noventa. Los grupos más radicales articulan los enfrentamientos muchas veces desde la noción de género. La «cultura de la muerte» tiene que ver con los posicionamientos frente a cuestiones de incidencia socioló-

gica y de ética del cuidado (aborto, eutanasia, control de la natalidad, prostitución, pornografía, etc.). Las dos posturas más polarizadas son, por un lado, los que denuncian como políticas y legislaciones «antinaturales» los derechos sexuales y reproductivos¹² y proponen una «renaturalización» del derecho volviendo al control del cuerpo femenino por parte del estado. Por otro lado, los que defienden una liberalización total de los derechos sexuales en favor del beneficio individual.

La «ideología de género» es un reduccionismo incompleto y confuso del concepto de *ideología*¹³, pues la comprensión del género nunca se desarrolla independientemente de otras creencias como ya hemos dicho, sino que forma parte del sistema narrativo, donde va inserta su propia visión antropológica. La llamada *ideología de género* presenta una escenografía social donde solo es posible dos posicionamientos: en contra del género y a favor del género. Estos posicionamientos solo son defendidos por grupos minoritarios y radicales que encuentran en esta lucha un sentido identitario grupal muy poderoso. Esto es lo que algunos sociólogos han querido denominar las *políticas de identidad*, es decir, grupos de población que se reconocen como colectivo en una serie de máximas (el género es una de ellas) y en una simbólica y que aportan al individuo una pertenencia

¹² «Renaturalizar» el derecho significa que la justificación de las leyes viene dada por una comprensión dual y supuestamente biológica: si las mujeres tienen capacidad de parir entonces su condición biológica determina sus responsabilidades en la sociedad, procrear y cuidar a los varones y a la prole. Por lo tanto, cualquier política que aporte el derecho a decidir sobre el propio cuerpo es una política «antinatural».

¹³ La palabra «ideología» se puede definir como un sistema de creencias sobre la naturaleza humana, es decir, una visión antropológica de la persona que afecta al mismo tiempo a la manera de comprenderse como seres humanos y a la legitimación de las formas de organizarse y comportarse socialmente (cf. Paul Ricoeur (1994). *Ideología y utopía*. Barcelona: Gedisa, 12).

cia, una seguridad grupal y un sentido vital o misión en sociedad¹⁴. Cuando el colectivo es muy cerrado en sí mismo, reivindica sus creencias como verdaderas, entonces renuncia al diálogo social y elige el enfrentamiento como forma de expresarse socialmente. Lo que hay debajo no es un debate sobre el género, sino un debate sobre la pertinencia del poder y control patriarcal en las culturas¹⁵. Para ello, se mitifica y demoniza lo diferente, eliminando los matices de las situaciones reales y dando soluciones reduccionistas a problemas complejos, pero que tienen un efecto poderoso en la opinión pública.

Ambos ámbitos afectan especialmente a las mujeres y a su autonomía corporal, personal y social. La guerra cultural, sea cual sea su posición política, actúa en contra de las mujeres, pues es la forma que tiene el patriarcado más radical de contraatacar a las demandas de los grupos minoritarios, esto es, volver a la dualidad estructural de dominación: de género hombre/no-hombre. Y en esa dualidad, las mujeres desaparecen.

En esta situación sociopolítica, algunos grupos sociales se aprovechan de los mecanismos democráticos y parlamentarios para provocar ruido social (guerra cultural) y arrancar algunos votos más a través de adhesiones viscerales en vez de generar votantes con criterios capaces de dialogar. El uso del género y de la identidad de género para estos fines carece de rigorismo y de claridad lingüística y se convierte en retórica polarizada donde escasean los matices propios de la vida cotidiana. Esta práctica es sin duda antievangélica, pues busca el enfrentamiento y no la convivencia fraterna (cf. *Fratelli tutti* 155-169). Debemos exigir a los políticos que sean riguro-

sos a la hora de utilizar la categoría de género y sus implicaciones en el sexo, y de tomar en cuenta las reflexiones de los expertos sobre la identidad de género y la identidad personal y sus relaciones con el bienestar social, pues de ello depende una legislación democrática, cívica y respetuosa con la diferencia, sin que esto suponga la merma de los derechos de las mujeres.

2.5 Quinto jalón: La brecha intergeneracional

Otra circunstancia importante a tener en cuenta en este debate sobre el género es la brecha generacional entre las generaciones mayores –nacidas en el siglo XX– que se han educado en un modelo social patriarcal y dual y las generaciones jóvenes –nacidas a partir del 2000– que aceptan con cierta naturalidad y flexibilidad la diversidad de las identidades personales. Las generaciones nacidas y educadas en el siglo XX se encuentran en estado de perplejidad ante un modelo de ser persona que se distancia de los estereotipos acotados y rígidos de la sociedad patriarcal. Su perplejidad les dificulta un diálogo con las generaciones jóvenes, por varias razones. La primera razón es la diferencia generacional en el abordaje antropológico. La concepción de la vida desde una cultura patriarcal especialmente rígida y excluyente choca con la flexibilidad y fluidez vital de los jóvenes. Las generaciones de adultos y mayores han encontrado su identidad no tanto en sus elecciones personales sino en los estereotipos que la cultura les ofrecía como marco para su sentido de vida. Las generaciones jóvenes, más libres en sus elecciones, dan protagonismo a su subjetividad y a opciones existenciales no permanentes que fluyen con los cambios en un cierto nomadismo de sentido. Entre una rigidez impuesta y una desestructuración del sentido de la vida, podemos optar por vivir enfrentados o por aliarnos intergeneracionalmente

¹⁴ Cf. Ricoeur, *Ideología y utopía*, 227.

¹⁵ “Lo que está en juego en toda ideología es la legitimación de un determinado sistema de autoridad” (Ricoeur, *Ideología y utopía*, 221).

para construirnos juntos y de esta forma consolidar identidades sólidas en sus motivaciones, y a la vez que posean la capacidad de ser flexibles a la hora de adaptarse a los cambios existenciales (*Chistus vivit* 198-201).

La segunda razón tiene que ver con la comunicación entre generaciones. No podemos negar que la transformación cultural ha modificado también la forma de utilizar el lenguaje. Las generaciones adultas manifiestan como dificultades aquellos elementos relativos a las expectativas vitales: qué sienten, cómo viven, qué piden, cómo ven el futuro. Esto aleja los intereses de una y otra generación y obstaculiza un lenguaje común que permita cierto diálogo. En relación al género, la generación joven asume la flexibilidad de identidades desde un subjetivismo predominante, mientras que el peso social de las generaciones anteriores les dificulta comprender muchas de las decisiones que toman los jóvenes. La única forma de abordar esta situación es esforzarnos en generar una comunicación menos enjuiciante y más respetuosa. No siempre la comunicación debe desembocar en consensos, sino que en muchas ocasiones las convergencias vienen derivadas del respeto en la diferencia y de unos mínimos que nos permiten comprendernos, aunque sea desde la diferencia (*Chistus vivit* 187-191).

A través de estos jalones hemos querido mostrar el mapa de los lugares polémicos y complejos de nuestra realidad humana en el siglo XXI. Repensar lo antropológico supone no solo repensar el sexo y el género, sino también otras creencias que uno tiene de sí mismo y el modo por el cuál eso condiciona la participación en la vida de otras gentes: el amor, la amistad, la responsabilidad laboral, los derechos y obligaciones, el reconocimiento, la acogida, etc. Las raíces profundas de la identidad y sus vínculos con el género hacen que las diferencias sobre el género se conviertan muchas veces en debates viscerales. Por

tanto, necesitamos una serie de criterios para proyectarnos en el mundo y situarnos en él. Los criterios de los cristianos se encuentran en el Evangelio.

3 Diseñando la proyección: hablar de identidad desde el Evangelio

El Evangelio, que es fuente de criterios para la comprensión de la vida y su praxis cotidiana, nos permite reflexionar juntos sobre los debates sobre el género para poder tener una palabra fundamentada y crítica. Vamos a exponer entonces una serie de afirmaciones presentes en el sentir de la Iglesia –en la Tradición y la teología– que creemos pueden iluminarnos:

3.1 *Somos imagen y semejanza de Dios, cuerpo que proclama la sanación y la liberación de la muerte*

A través de la revelación de Dios a su creación, la tradición judeocristiana se sabe reflejo del amor de Dios en este mundo, es decir, imágenes del mismo Dios. Y eso implica que somos seres humanos desde una triple dimensión: somos cuerpo viviente, consciente e interdependiente.

Por un lado, somos una realidad histórica (tiempo y espacio), es decir, somos cuerpo viviente, un don regalado por Dios, un cuerpo viviente y amante que es espacio de salvación para nosotros y para otros, pero también un cuerpo viviente que vive una fragilidad y una vulnerabilidad radical. Y somos conscientes de esta condición humana y de la realidad compleja y contradictoria de nosotros mismos en un mundo también contradictorio que por mucho que intentemos no podemos controlar. La conciencia de esta situación nos pone en situación de hacernos cargo o no de ella, por lo que somos libres y, por tanto, responsables de esa realidad. Y, por último,

la capacidad de consciencia y agencia no nos define solamente, sino que en el transcurso de la vida entran en juego muchas variables que no podemos controlar y a veces tampoco cambiar, lo que no impide que lo podamos acoger y lo orientemos hacia un mejor vivir personal y comunitario. Esto significa que somos interdependientes, en continua relación e interacción y que nuestro cuerpo viviente y consciente participa de esta dinámica. Somos, por tanto, desde los demás, a la vez que somos seres individuales en continua relación somos seres comunitarios, como el mismo Dios, uno y trino.

3.2 Dios es Trinidad abundante, por eso el ser humano es comunidad diversa

Sí, Dios es uno y trino. Dios único, porque se expresa en un amor único (uno) compasivo, sobreabundante y acompañante, que se desborda y dona constantemente para que sus criaturas vivan y vivan abundantemente (cf. Jn 10,10). Hay otros amores, pero son amores con minúscula, centrados en otros intereses. El Amor divino es gratuito, todo en salida, todo donación. Y ese amor sobreabundante se expresa en el símbolo de la comunidad (tres), en un amor que se da, pero no vuelve a uno mismo por compromiso o interés (dos), sino

que va de forma gratuita hacia otros (tres). La creación se expresa en esa sobreabundancia (los árboles y las flores irradian miles de semillas, los animales se cuidan en manada, el ser humano ama...). La humanidad se define en esa diversidad sobreabundante del amor, que encuentra mil formas de compartirse con otros. Por ello, en la diversidad de la humanidad, y en sus múltiples formas y expresiones de ser y amar podemos encontrar la sobreabundancia de Dios. Lo humano es diverso no porque sea imperfecto o se salga de la «normalidad», sino porque en el amor de Dios, lo normal es ser diverso.

3.3 El ser humano participa de ese amor dando (V)vida

Si nuestra vida diversa es el reflejo de la Vida diversa de Dios Trinidad, entonces el bautismo, que nos concede ser hijas e hijos de Dios, nos confiere una identidad diversa amada por Dios. Es decir, por el bautismo, nos plenificamos en Cristo, y al *crisificamos* «no hay hombre ni mujer, ni judío ni griego, ni libre ni esclavo» (cf. Gal 3,28). Esto significa que en Cristo podemos, hoy, repensarnos desde nuestras realidades humanas singulares y no desde una conceptualización del ser humano dualizada, sexualizada y polarizada. Durante siglos hemos valorado el cuerpo como espa-



cio material opuesto a la razón humana, que, en muchas ocasiones, nos alejaba de la intimidad con Dios. Y hemos ordenado la vida espiritual cristiana sexualizando las relaciones de la Iglesia: en las vocaciones, en la organización eclesial, en la pastoral y en la liturgia. Esta dualidad a través de las consecuencias de una identidad de género dual (hombre/razón y mujer/cuerpo; hombre/sagrado y mujer/naturaleza) creaba una sociedad y una Iglesia desigual e injusta. El bautismo nos invita hoy a volver a romper esta dualidad, como hicieron las primeras comunidades cristianas, como signo profético de una comunidad que vive la V(v)ida abundante de Dios con todas sus consecuencias.

El riesgo de la dualidad de cuerpo biológico/conciencia racional sigue estando presente en nuestro tiempo de otras maneras. Una es la clásica, la de seguir pensando que el cuerpo es riesgo y peligro para la integridad humana y que es la mente y la razón la que nos humaniza. Otra, muy visible hoy, es pensar que la identidad personal y la identidad de género se gestiona con la mente y la voluntad y pensar que podemos tomar decisiones desde la mente sobre nuestro cuerpo y usarlo, modificarlo, etc.¹⁶, sin tener en cuenta nuestra realidad de cuerpo complejo viviente (que prescinde de nuestra condición biológico-histórica) o de cuerpo viviente interdependiente (que prescinde de nuestra condición relacional y social).

¹⁶ La subjetividad no surge solo de la consciencia, sino que fluye también de la biología y de las interacciones materiales y sociales que realizamos. Entendernos como un «todo orgánico» nos recuerda que nuestra vida no está encerrada en un cuerpo sobre el que decidir desde la voluntad, sino que ésta se prolonga desde el cuerpo hacia la realidad sin la que no podría ser ni existir. Esta comprensión destierra la idea de consumo de cuerpos que tanto daño nos hace, especialmente a las mujeres: cirugías estéticas agresivas, transiciones de género, pornografía, prostitución, etc. (cf. Fernando Bueno Teomiro (2021). *Género, sexo e identidad. Menores transidos por la vulnerabilidad*. Madrid: San Pablo-Universidad Pontificia de Comillas, 35-39).

3.4 *Estamos llamados a ser comunidad como la Trinidad*

Por último, el amor sobreabundante y comunitario de Dios que sostiene la vida y hace crecer su diversidad nos invita a expresarnos de la misma manera en comunidad. La comunidad cristiana no se siente reflejada en unas antropologías que no toman en cuenta la dimensión comunitaria. No creemos que nuestra voluntad individual sea el único criterio para la construcción personal, porque no vivimos ni estamos solos. La experiencia prometeica de construirnos frente al mundo, imponiendo nuestra voluntad de poder nos arroja a una existencia egocéntrica en la que no nos reconocemos. En este sentido, la identidad no es una elección, sino un proceso de auto-descubrimiento, de un don dado –un cuerpo viviente, sintiente, consciente y relacional– y que necesita ser discernido, asumido e integrado; y esto se hace siempre mejor de forma comunitaria.

Por eso, la llamada a ser hermanas y hermanos en la familia de Dios supone dos actitudes frente a los debates de género. Por un lado, reconocer la diversidad de esa comunidad, propia de la apertura de la Iglesia a todo aquel que se sienta llamado a seguir a Jesucristo. Es en la diversidad donde encontramos la abundancia y la creatividad de la comunidad que hace, como Dios, que todo sea hecho nuevo (cf. 2 Cor 5,17). Por otro lado, reconocer la diversidad conlleva un amor que se expresa en el cuidado: en la vulnerabilidad del otro nos reconocemos y nos acompañamos como hermanos y hermanas. El cuerpo del que sufre interpela no sólo a la persona creyente, sino también a la comunidad, que orienta su vida interna a acompañar y cuidar de sus miembros, en especial aquellos que sufren. Igualmente repiensa y desarrolla su misión en salida, hacia aquellos y aquellas que necesitan ser escuchados, acompañados o empoderados.

4 Elegir algunos símbolos: un lenguaje y un lugar de encuentro

Por último, vamos a incorporar en el mapa del género algunos símbolos a modo de leyenda. La *simbolización* nos aporta una serie de argumentos pastorales significativos que representan las intenciones eclesiales y los «lugares de encuentro» con respecto a los debates del género. Siendo fieles al Evangelio y a las afirmaciones teológicas realizadas en el apartado anterior, argumentos que marcan nuestra pauta pastoral y educativa estarían enmarcados en los temas siguientes.

4.1 Claves pastorales

Nuestro punto de partida es la constatación, por experiencia, de que las personas que viven de forma conflictiva la construcción de su identidad de género sufren en muchas ocasiones y de que, a veces, a ese sufrimiento personal y existencial, se suma el sufrimiento que crea en ellos el rechazo que perciben en su tradición religiosa, así como la condena sin paliativos de su entorno cristiano. No cabe duda de que, en muchas ocasiones, la Iglesia genera o aumenta este sufrimiento con sus actitudes de rechazo, exclusión e incompreensión. Por lo tanto, son los primeros destinatarios del amor de Dios y por extensión, del cuidado de la comunidad cristiana. Por eso, podemos decir que:

a) **Lo primero es la persona y su dignidad**

Lo primero es la persona, a la que se le debe el respeto máximo. Más allá de las afirmaciones absolutas y rotundas que a veces realizamos sobre el género, lo que tenemos delante siempre es una persona peculiar, única y digna de ser atendida y cuidada. Su dignidad está por encima de cualquier afirmación. Las

personas que viven cierto malestar sobre su identidad de género y las personas que manifiestan rechazo por la identidad de género de otros u otras, muestran una sensibilidad herida que quizá debamos atender.

Podemos aprender a vivirnos desde una diversidad antropología flexible e inclusiva. Esto supone una reeducación de uno mismo, indagando cuáles son mis bloqueos y mis dificultades en mi propia identidad y como esto puede repercutir en la comprensión de la identidad de otros y otras. Ello nos obliga a un diálogo consciente y esforzado con uno mismo y con los demás, con el objetivo de encontrar un espacio de entendimiento que nos lleve siempre a reconocer a la otra persona.

Por eso, antes de hablar (o enjuiciar), es bueno hacer silencio e informarse para hablar con palabras correctas y que no dañen. Cuando una variable deja de mostrarse como dialógica y se absolutiza («las mujeres son...», «los hombres son...», «el género es...», «el sexo es...») debemos sospechar rápidamente de ella. Por encima de nuestros juicios parciales está la persona concreta que se presenta delante de nosotros. Realizar el esfuerzo de conocer su historia, su personalidad, su memoria, su entorno familiar y social, favorece nuestra empatía hacia ella y reduce los prejuicios que pueden herir su sensibilidad y su vida.

b) **Podemos generar espacios de seguridad y cuidado donde el proceso personal sea libre y fecundo**

Todo esto implica que nuestras comunidades cristianas se conviertan verdaderamente en espacios abiertos y en salida, donde toda aquella persona con inquietud espiritual y religiosa se pueda sentir acogida fraternalmente. Esa es nuestra razón de ser, ser sacramento del Reino de Dios, signos visibles y eficaces de la fraternidad y sororidad de la humanidad en Dios.

Esto implica, por un lado, generar unas redes comunitarias más amplias, que se integren en su dinámica la reflexión y discernimiento comunitario de los signos de los tiempos. La pregunta sobre la identidad humana y la presencia de la categoría de género en ello es un signo de los tiempos. Con la escucha y la reflexión damos testimonio de vida como comunidad cristiana, el cual es el germen de toda evangelización. Eso implica educar a la comunidad cristiana específicamente en la acogida de esa diversidad, a la vez que aprende a reflexionar y dialogar internamente sobre los cambios sociales. Sin cuidar esta labor real y directa de nuestras instituciones, ya sean pastorales o educativas, todo nuestro esfuerzo puede no tener efecto alguno ni en la evangelización ni en la educación. Por otro lado, transformar nuestros espacios comunitarios en espacios seguros que deben cumplir ciertas características: deben ser lugares que posean y ofrezcan espacios y escucha sin enjuiciamientos previos y en los que la per-

sona sienta que no va a ser juzgada o violentada. El objetivo del espacio de seguridad es dotar de bienestar a la persona para que pueda encontrarse consigo misma y con otros sin riesgo y violencia, así como sentirse protegida y acompañada. Asimismo, el espacio de seguridad provee de un entorno confortable que permite que se inicien procesos de reflexión y discernimiento de forma autónoma pero arropado por otros que evita la soledad y mitiga la vulnerabilidad.

Que la comunidad cristiana sea un espacio y tiempo de seguridad es la mejor manera de dar testimonio de que la llamada de Cristo es una llamada al cuidado y el empoderamiento de las personas. Tener como objetivo cotidiano el cuidar y empoderar a las personas que están a nuestro alrededor permite ver la cuestión del género como una oportunidad más de colaborar en la dignificación de la vida de los otros, sobre todo en los más abandonados, máxima principal del Evangelio.



c) *La aceptación y acogida de la diferencia es la mejor manera de abrir espacios de diálogo para construir identidades juntos*

La aceptación y la acogida de la diferencia no significa aceptarlo todo sin criterio, sino pese a la diferencia establecer relaciones de amor y cuidado que proponga un modelo de persona abierta a los demás y rechazar el individualismo prometeico presente en algunos lugares de la posmodernidad o del transhumanismo. Esto no supone un colectivismo que desintegre la identidad de la persona, sino que aceptar y acoger al otro en su diferencia obliga a una deconstrucción de mi propio ser persona junto con el otro, para construirnos juntos en una relación de iguales y diferentes. Este movimiento de colaboración mutua debe ser repensado en nuestras comunidades cristianas, no debemos dar por obvio que ya está logrado. La comunidad cristiana así se regenerará en modelos más acordes con las necesidades y signos de nuestro tiempo.

Quizá en este sentido habrá personas que piensen que hay que ser prudentes a la hora de aceptar determinadas situaciones que se consideran ideologizadas o politizadas. Si la prudencia se convierte en miedo y eso nos impide acoger, imponiendo nuestra «palabra» sobre la identidad del otro, no estamos respetando la vida creada por Dios y estamos entorpeciendo el diálogo de la Iglesia con la cultura y su misión evangelizadora. Arriesgar es una forma de amar gratuitamente, sabiendo que en determinados momentos quedaremos expuestos o nos equivocaremos. Jesús también arriesgó, seamos fieles y coherentes seguidores.

d) *El acompañamiento (a distintos niveles) en la mejor forma de hacernos cargo de la vida del otro*

Ya hemos dicho que la identidad personal no se construye solo individualmente, sino en diálogo con el entorno, con el ambiente, por

eso debemos repensar o diseñar de forma nueva procesos de construcción de la identidad: continuados, acompañados, dialogados y abiertos. En estos procesos la preparación de personas que acompañen es fundamental que esté enfocada desde el sostenimiento y no desde la imposición. Además, deberán dotarse de herramientas que permitan un acompañamiento, cuidadoso y respetuoso, sin pretender una reeducación del otro y sin entrar en paternalismos donde se mira a la otra persona con la idea de que está equivocada y hemos de llevarla por el sendero correcto. La formación previa es imprescindible no solo a nivel personal, sino que las comunidades cristianas deben tener personas en su interior que ejerzan el ministerio de la escucha y del acompañamiento, como un servicio hacia dentro y hacia fuera de la comunidad.

El acompañamiento se puede dar a muchos niveles. Puede ofrecerse acompañamientos personales integrales o sólo espirituales a la persona. Para ello entendemos que es necesario ofrecer espacios reales de interioridad, que permita que la persona sepa que puede tener tiempo y elaborar herramientas para conocerse a sí mismo. Estos acompañamientos dotan una autonomía en discernimiento que no se vive en soledad, sino que se contrasta, se dialoga y se impulsa para que se concrete.

Pero quizá en otros momentos los acompañamientos podrán ser comunitarios, para ayudar a la comunidad a revisar sus actitudes y relaciones dentro y fuera de la comunidad para mejorar su constitución como comunidad de acogida y lugar de seguridad. Para hacer espacio a estas dinámicas de acompañamiento grupal es importante partir del principio de humildad: reconocer que no podemos solos, que no lo sabemos todo, que no tenemos siempre la razón, y que estamos, todos, atravesados por nuestras propias circunstancias hace que la visión del otro me enriquezca y me ponga en situaciones de serendipia.

En definitiva, ser comunidad cristiana al estilo trinitario significa ser conscientes de que no vivimos solos, de que nos necesitamos, también cuando surgen incomodidades y sufrimientos con nuestra identidad personal, o cuando vivimos un conflicto con nuestro sexo o con nuestra identidad de género. La comunidad cristiana debe reducir los temas tabúes relacionados con el género y la identidad de género para estar más abierta a una diversidad mayor, esa que desea Dios y que se expresa en la naturaleza. En muchas ocasiones nos da miedo hablar de ello para evitar enfrentarnos a otras opiniones. Entender que la identidad de género y personal es un problema que nos atañe a todos es el primer paso para acoger y acompañar a todas esas situaciones donde se produce dolor y una forma de ser una comunidad valiente que ofrece al mundo roto y violento espacios de sanación y liberación.

4.2 Claves educativas

Nos centramos ahora en algunas claves que pueden ser útiles, pastoralmente hablando, en el espacio educativo.

- a) Priorizar la formación de los agentes educativos en identidad personal (y de género). Es importante darse cuenta de que la identidad de género no es una cuestión de incidir en la educación afectivo-sexual, sino que se trata de apoyar y acompañar los procesos de construcción de la identidad personal. Por tanto, debemos tener agentes educativos en ámbitos formales y no formales que estén lo suficientemente preparados para abordar este tema y ayudar a otros agentes a desenvolverse mejor y adquirir estrategias de diálogo.
- b) Generar espacios de seguridad y cuidado donde se pueda acompañar procesos. Al igual que invitábamos a convertir nuestras comunidades en espacios de seguridad, en los centros educativos y en obras educativas no formales o informales debe

haber espacios de seguridad (por ejemplo, como sucede en los conciertos con los puntos morados) donde personas preparadas atiendan a los menores con respeto y cuidado. Este espacio es la puerta a un acompañamiento personalizado más ajustado a las necesidades de la persona, sin juicios ni prejuicios.

- c) Repensar y transformar el lenguaje y las narraciones sobre la identidad de género en los centros. Esto supone que las personas que accedan a nuestros centros sepan que la acogida está por encima de las diferencias ideológicas sobre el tema del género y, como dice Francisco, en los espacios católicos «todo el mundo cabe».
- d) Diseñar procesos de acompañamiento (a distintos niveles) para cuidar al alumnado o a los usuarios de las acciones socio-educativas de forma que tengan referencias adultas a las que puedan acudir y en las que se puedan apoyar. Los diseños de acompañamientos deben ir acompañados de recursos humanos que posean tiempos para realizar ese acompañamiento, pues no sirve de nada tener unos planes de actuación muy buenos si luego no tenemos tiempo para ponerlos en marcha.
- e) Diseñar procesos personales y grupales de aceptación y empoderamiento (a distintos niveles). En la educación integral es muy importante orientar el aprendizaje hacia el desarrollo de capacidades como la aceptación y la transformación. Aceptar significa que el don de la vida, tal cual es, es algo regalado que se nos ofrece como oportunidad con todos sus límites y heridas. Por otro lado, ese don que ha sido mediado por la socialización humana es posible intervenir en el para que dignifique y empodere a la persona. En el equilibrio entre lo que hay que aceptar y lo que se puede transformar encontramos un aprendizaje de vida liberador y sanador.

- f) Introducir en los aprendizajes transversales de lo educativo el desarrollo de la capacidad de discernir. Enseñar/aprender a discernir emerge cuando adquirimos estrategias de observación, diálogo, elaborar juicios y argumentos, y adquirir formas de tomar decisiones desde el contraste con los otros y la reflexión interna. Dotar de herramientas a los niños, niñas y jóvenes (tiempo, escucha, discernimiento...) para que puedan descubrirse a sí mismos, aceptarse y caminar lo más integrados posibles es contenido principal de los currículos escolares de nuestro tiempo.
- g) Por último, introducir también en los aprendizajes transversales de lo educativo el análisis y la deconstrucción los estereotipos de género y su consecuente construcción de unos tipos de género más flexibles, menos limitantes y más liberadores. Esta estrategia feminista—deconstruir para luego construir—es una forma de mejorar las culturas para una convivencia social más justa y equitativa.

5 Conclusiones: comunidades de acogida y empoderamiento

Todo este recorrido por el mapa del género nos señala que el debate del género es un signo de nuestro tiempo al que tenemos que dar respuesta. No es una moda, no es una lacra ni una patología, simplemente es un signo que indica que nos estamos repensando como seres humanos de manera distinta y esto, va a permanecer. La Iglesia católica propone una antropología cuidadosa en la relación entre lo subjetivo y lo colectivo y una antropología integral, que ayuda a vivir equilibrando los gozos y las heridas del cuerpo y la mente a partir de la autonomía personal y de la colaboración con otros y otras. Una mirada a la vida encarnada—viviente, sintiente, consciente e interdependiente—nos recuerda que los debates sobre el género no son un proble-

ma de unos pocos. Si somos comunidad, este es un conflicto que también nos afecta, que debemos afrontar y que debemos acompañar.

Ante las tensiones y conflictividad que provoca la cuestión del género en nuestro mundo de hoy, es importante situarnos como Iglesia en un espacio hermenéutico de diálogo y de reciprocidad donde se tenga en cuenta la especificidad de cada uno y cada una. Quizá el lector o lectora se siente desbordada por la complejidad del problema del género. Su complejidad no tiene porqué generar en nosotros un bloqueo, sino al contrario, una necesidad de crear y desarrollar estrategias y argumentos para el diálogo social. El deseo de acoger lo que a veces no se entiende es un testimonio profundamente mariano (cf. Lc 1, 38) de que estamos dispuestos a seguir a Dios a donde nos lleve.

El papel de la educación en este diálogo es fundamental, no solo para acercar posturas, sino para aprender a dialogar sin enfrentamientos, y, cuando los haya, entenderlos como una oportunidad de más acercamiento y no como signo ineludible de conflicto. Los debates del género nos invitan a seguir profundizando en la reflexión de una educación diferente a la anterior y propia de nuestro tiempo, que acompañe en el aprendizaje de que la complejidad y la diversidad son elementos constitutivos de la vida, y eso se expresa en las búsquedas personales y colectivas de la identidad. La mejor manera de hacer este trabajo es incorporar en la escuela el aprendizaje de la misericordia y reeducarnos a nosotros mismos, como creyentes dentro de una comunidad cristiana, en una mirada más inclusiva con el diferente y con la diversidad. Con ello rompemos además los prejuicios y estereotipos sexistas propios de la cultura patriarcal. La clave del género es determinante para que el empoderamiento, la promoción y la liberación personal trabajen en cooperación y corresponsabilidad con otros por un mundo más humano.